

El lugar de la sexualidad. Recorridos y tensiones en torno al sexo, la subjetividad y las normas

Facundo Boccardi
CEA - FCS - UNC

1. Introducción

Al menos en nuestro horizonte contemporáneo, la sexualidad se inscribe, a la vez, en dos lugares del discurso social: la subjetividad y la sociedad. Tanto la profunda verdad del sujeto como la prosperidad de las naciones han sido cuestiones inherentes a la sexualidad en los modos aún vigentes de comprenderla. Si recorremos el abanico temático de la sexualidad en el discurso social, podemos encontrar, a la vez, un conjunto de temas y perspectivas cuya presencia resulta homogénea, como también ciertos vacíos, silencios u opacidades que denotan condiciones de disputa. Siguiendo una tesis foucaultiana, consideramos que un análisis de determinadas instancias institucionalizadas de la producción de saberes y teorías acerca de la sexualidad resulta relevante para indagar los procedimientos históricos de producción y regulación del campo de lo decible.

Movidos por el lugar significativo que ocupa la sexualidad al interior del campo teórico-político feminista y de los estudios de género, proponemos examinar el funcionamiento de ciertos artefactos teóricos que operan de manera manifiesta o residual en la producción de un espesor mediante la sedimentación de sentidos. Así, transitamos, desde la crítica a la hipótesis represiva que propone Foucault, la relación medular y constitutiva de este campo con el psicoanálisis. Para ello, recorremos las formulaciones de Teresa de Lauretis y Judith Butler que atraviesan distintas modulaciones sexuales del funcionamiento del poder e indagan la persistencia nunca totalmente esclarecida de la interioridad de los sujetos.

2. La sexualidad no es (solo) una cuestión de represión

Desde sus obras tempranas, Foucault sostiene la idea de escribir una historia de la sexualidad en occidente. En el primer prefacio de *La historia de la locura* publicada en 1961, proyecta esa tarea como el abordaje histórico de las prohibiciones sexuales (Cfr. Foucault, 1986: 162). Posteriormente, en sus libros discursivos, sugiere la importancia de una arqueología de los saberes de la sexualidad (2005: 327-329) y puntualmente menciona el análisis de los sistemas de prohibiciones del lenguaje con respecto a la sexualidad en la modernidad (2008: 63). Como se puede ver, en estos acercamientos a la sexualidad, el vocabulario utilizado se emplaza en una concepción negativa ligada a la llamada hipótesis represiva que constituirá su blanco de ataque en el primer volumen de *La historia de la sexualidad*. El giro que producirá este libro con respecto a los abordajes precedentes de la sexualidad resultará fundacional, la «hipótesis productiva» (Dean, 1994) que formula Foucault en 1976 (2007) problematiza las perspectivas de investigación dominantes forjadas en el clima cultural de la revolución sexual de los años 60 que, al igual que sus propias formulaciones incipientes, figuran una relación de negatividad y exterioridad entre la sexualidad y las demás instituciones.

En la genealogía de las prácticas penales europeas que Foucault desarrolla en *Vigilar y castigar*, había cuestionado fundamentalmente la concepción monárquica y unidireccional del poder. Esta concepción permanece vigente en los análisis teóricos de la sexualidad precedentes, donde la sexualidad es configurada como una realidad energética reprimida. Regidas a la vez por un sustancialismo ahistórico de la sexualidad y una mecánica vertical e intemporal del poder, la mirada de saberes que caen bajo la red de la hipótesis represiva tendrá efectos duraderos y poderosos en los discursos que nos explican la sexualidad. De acuerdo con Foucault, el concepto de represión sexual —central en el dispositivo teórico freudiano— tiene un doble inconveniente, por un lado, postula a la sexualidad como una característica natural universal de la humanidad y, por otro, se sostiene en una concepción jurídico-soberana de poder que implica un funcionamiento de restricción disciplinaria (Foucault, 2003: 42)¹. En contra de ello, este autor plantea que el poder en los siglos XVIII

y XIX no opera necesariamente estableciendo límites, coartando, excluyendo e inhibiendo sino más bien estableciendo relaciones positivas, articulaciones inclusivas que crean realidad mediante la aplicación diferencial de la norma.

La noción de represión que surge históricamente en uno de los focos disciplinarios de saber-poder decimonónicos es utilizada por el freudo-marxismo en los análisis sociales de la sexualidad durante los años 60². Estos análisis entienden al poder como un ejercicio mecánico de restricción y limitación que actúa sobre los impulsos energéticos de la sexualidad, es decir, como una malla de contención que impide el despliegue potencial de una fuerza con capacidades revulsivas. En esta relación opositiva, el poder no solo funciona como una estructura antienergética que inhibe la potencialidad de la sexualidad, sino que opera también como un principio de organización. El poder organiza y ordena la sexualidad bajo el signo de la ley inscribiéndola en el régimen binario de lo lícito y lo ilícito. De esta manera, establece una separación taxativa entre los comportamientos permitidos que serán tolerados por la sociedad y aquellos comportamientos prohibidos que caerán bajo las etiquetas de la desviación. Según la hipótesis represiva, había bastado con una sola maniobra del poder para capturar ese caos de fuerzas que llamamos sexualidad e instaurar sus formas posibles en categorías precisas. Otro aspecto inherente a este mecanismo que se deriva del uso del concepto de represión es que el ejercicio negativo del poder adopta invariablemente la forma de una censura que reduce las expresiones al mutismo o a la inexistencia. Así, la sexualidad pertenecería al espacio lingüístico de lo que no puede o no debe ser dicho, lo que no debe manifestarse o que solo puede hacerlo en las rígidas convenciones de la legalidad.

La hipótesis productiva de la sexualidad que desarrolla Foucault no niega la existencia de mecanismos represivos que afectan las expresiones sexuales de las personas sino que produce un emplazamiento del concepto de represión y la conexas teoría freudiana de la represión sexual en la «economía general de los discursos sobre el sexo» que tiene lugar en las sociedades occidentales modernas (Foucault, 2007: 19)³. Esto principalmente se desprende de la matriz teórica acerca de las relaciones de poder que sostenían las indagacio-

nes de los mecanismos punitivos en *Vigilar y castigar*. Allí, se establece un doble hiato, por un lado, con la concepción liberal que identificaba al poder con la lógica de la ley y la soberanía y, por otro, con cierta concepción marxista que lo situaba exclusivamente en el espacio superestructural de los aparatos estatales. La conocida apuesta de Foucault sustituye la ley y la sustancia por la relación y la técnica, así el poder es indagado como un entramado de tecnologías que operan en una dimensión material modelando cuerpos, produciendo subjetividades, gestionando la inteligibilidad de las identidades y creando dominios de saber objetivo. Foucault utiliza el concepto de bio-poder para nombrar ese funcionamiento técnico específico que emerge en los siglos europeos XVII y XVIII con el objeto de gestionar e intensificar las fuerzas vitales de la población (2007: 169-172). Esta estrategia metodológica que entiende al «poder sin el rey» imbrica en el mismo movimiento una noción de «sexo sin la ley». Por ello, el concepto de bio-poder desarticula la hipótesis represiva en una operatoria de desnaturalización y politización de la sexualidad que abandona el supuesto de la sexualidad como universal onto-antropológico. La sexualidad, así, será concebida como una institución histórica producida por determinadas tecnologías de bio-poder desde el siglo XVIII en Occidente.

3. El lugar de la sexualidad

La apuesta tecnológica de Foucault nos permite remarcar que la asignación de un lugar a la sexualidad es una operación recurrente de los abordajes teóricos que funciona en diferentes dimensiones. Esta espacialización se extiende desde la cartografía corporal de las zonas erógenas del psicoanálisis freudiano y de la sexología, o las postulaciones, por dar un ejemplo, que atribuyen la causa de la orientación sexual a las dimensiones de los núcleos intersticiales emplazados en el hipotálamo (Cfr. LeVay, 1991), hasta el vasto campo de discusiones de las teorías modernas de sexualidad acerca del estatuto de las relaciones entre elementos considerados constituyentes tales como los principios biológicos, las disposiciones psicológicas y las normativas sociales (Cfr. Weeks, 1993: 164).

La definición de la sexualidad ha implicado desde su moderna emergencia un conjunto de procedimientos de localización y codificación en términos espaciales. En ese sentido, «afuera» y «adentro» funcionaron como dos categorías empleadas para atribuir determinaciones, explicar causas originarias y disputar la dirección de un movimiento propio de la sexualidad. Esta separación que se inscribe parcialmente en la tradición de especulaciones de las ciencias sociales acerca de las relaciones entre individuo y sociedad ha ubicado, al mismo tiempo, a la sexualidad en un lugar analítico privilegiado para indagar las condiciones estructurales de posibilidad de la constitución social (Cfr. Coward, 1983: 294). La idea aún vigente que presenta a la sexualidad como el espacio de cruce o intersección de dimensiones por excelencia refiere necesariamente a estas tradiciones operativas. Precisamente, Foucault ubica a la sexualidad en la encrucijada entre la anatomopolítica y la biopolítica: «exactamente en el punto de articulación entre las disciplinas individuales del cuerpo y las regulaciones de la población» (Foucault, 1981: 196).

Ahora bien, la encrucijada estratégica de Foucault deja en sí misma una zona gris trazada entre las mismas líneas de la crítica a la hipótesis represiva. Entre la totalización y la individualización que despliegan las instituciones tecnológicas sin lugar ni a la heterogeneidad ni a la exterioridad, la actividad productiva con sede en la subjetividad pareciera quedar bloqueada. Un tópico recurrente en las lecturas de Foucault ha sido la posibilidad de agencia del sujeto en el entramado de las relaciones de poder capilares y omnipresentes⁴. En este sentido, dada la inscripción de nuestra lectura en el campo feminista, nos interesa detenernos en dos lecturas que hacen foco en este problema al interior del despliegue de la sexualidad retomando en diferente medida la interpelación de Foucault al psicoanálisis y viceversa.

3.1. De Lauretis: una teoría de los implantes

La relación de Teresa de Lauretis con Michel Foucault es larga y quizá fundante para cierta zona del campo de los feminismos. Una de sus operaciones teóricas más famosas ha sido la formulación de la noción de «tecnologías de género» a partir de una lectura crítica de

La voluntad de saber (Cfr. De Lauretis, 2000). En este caso, sin embargo, nos interesan sus indagaciones más recientes que vuelven al mismo texto de Foucault pero esta vez haciendo pie en la propuesta freudiana. Ya en *The practice of love* (1994), la autora había prometido una concepción semiótica de la sexualidad que explicara la producción del sujeto sexual en el encuentro de la «subjetividad» con la «significación social» y la «realidad material» mediante la articulación «(...) del punto de vista privatizado de Freud del mundo interno de la psique con el punto de vista eminentemente social de Foucault de la sexualidad» (De Lauretis, 1994: XIX-XX).

Tal demarcación entre los territorios de Freud y Foucault que, podemos decir, obedece a una persistente tradición en el campo de las ciencias humanas cuestionada posiblemente por ambos recorridos teóricos resulta, sin embargo, ilustrativa de una carencia que muchas lecturas le asignan a Foucault. Vinculada, además, a la dicotomía esencialismo-constructivismo, esta separación encuentra en el funcionamiento tecnológico de la sexualidad una exclusión de la actividad subjetiva en el proceso de producción de sujetos sexuados que podría ser suturada con la adición teórica del psicoanálisis (Cfr. De Lauretis, 2008: 41). Así, mientras por un lado Foucault habría descrito cómo ese nexo de relaciones de poder llamado «sexualidad» se implanta en el cuerpo social, por su parte Freud se habría dedicado a indagar los mecanismos psíquicos que implantan la sexualidad en cada individuo.

En este recorrido, las referencias al vocabulario son estrictas, ya que funcionan como condición de posibilidad de las relaciones teóricas. De acuerdo con De Lauretis, la estrategia retórica de Foucault consiste en evitar sistemáticamente cualquier vestigio de vocabulario psicoanalítico con el objeto de invisibilizar los potenciales parentescos. Por eso, por citar un ejemplo, recurre al extraño término «pouseé»⁵ para evitar «pulsión». Estas opciones léxicas han contribuido a alejar a lxs foucaultianxs feministas de los marcos de interpretación psicoanalíticos produciendo, a su vez, una serie de incomprensiones que derivaron en posiciones construccionistas-voluntaristas. En este punto, aparece la figura ejemplar de Butler quien habría caído en un voluntarismo postulando la posibilidad de «rearticulación», «resignificación» y «reapropiación» de las reglas que cons-

tituyen la tecnología social de la sexualidad por parte de los individuos sometidos a ella (De Lauretis, 2008: 44-45). Esta «equivocación» evidenciada en la confusión de la voluntad soberana y consciente supuesta en la noción teatral de performance con el mecanismo performativo del lenguaje conserva su funcionalidad en el planteo de Butler –siempre, según la interpretación propuesta por De Lauretis– a causa de una incomprensión mayor que le impide aprehender el carácter «implacable» e «inconsciente» de la penetración que ejecuta la sexualidad sobre los individuos⁶.

Como hemos visto más arriba, la noción de poder es el pivote fundamental de la crítica foucaultiana al psicoanálisis. Significativamente, De Lauretis apoya justamente en ese punto su argumento sobre la complementariedad entre ambas propuestas. En contra de la acusación de esencialismo que habría recaído sobre Freud en la crítica a la hipótesis represiva, aquí se sostiene que la sexualidad del psicoanálisis no debe ser entendida como un flujo energético innato y anterior a los mecanismos psíquicos sino un efecto de su funcionamiento. Sin embargo, hay un elemento preexistente a estos mecanismos que opera como condición para que estos efectos se arraiguen en el cuerpo, se trata de la pulsión (Trieb, según la lengua vernácula de Freud). Esta condición para la implantación de la sexualidad en el psicoanálisis encuentra en «el espesor material de los cuerpos» el equivalente operativo –de acuerdo al planteo de De Lauretis– en la propuesta tecnológica de Foucault.

Lo que busco es intentar mostrar cómo las relaciones de poder pueden penetrar materialmente en el espesor mismo de los cuerpos sin tener incluso que ser sustituidos por la representación de los sujetos. Si el poder hace blanco en el cuerpo no es porque haya sido con anterioridad interiorizado en la conciencia de las gentes. Existe una red de bio-poder, de somato-poder que es al mismo tiempo una red a partir de la cual nace la sexualidad como fenómeno histórico y cultural en el interior de la cual nos reconocemos y nos perdemos a la vez (Foucault, 1977: 156).

Para De Lauretis, Foucault realiza una separación cartesiana entre la conciencia y el espesor de los cuerpos postulando que las

relaciones de poder, es decir la sexualidad, los penetran en su profundidad sin la mediación de la consciencia. Esta operación supondría que la red de somato-poder se inscribe necesariamente en un sustrato material-corporal precedente. Así, al igual que el complejo entramado de los mecanismos psíquicos cuyo funcionamiento se sustenta en la articulación de una dimensión pulsional preexistente, el funcionamiento técnico de los mecanismos de poder supone una superficie para su inscripción (De Lauretis, 2008: 46). Este paralelismo se expresa claramente, según la autora, en la noción de «implantación de la sexualidad» propuesta por Laplanche casi en sincronía con la «implantación de las sexualidades perversas» de Foucault. Así, la implantación, al igual que el dispositivo de la sexualidad, convierte en su despliegue la materia en suelo, es decir, convierte al cuerpo en una superficie de inscripción (De Lauretis, 2008: 53).

3.2. Butler: poderes psíquicos

La relación textual de Butler con Foucault es, podríamos decir, constituyente. La llamada «hipótesis productiva» de Foucault ocupa un lugar central en, al menos, la primera parte de la producción de Butler⁷. Este foucaultismo no le impedirá, sin embargo, intentar una articulación en uno de sus libros menos reconocidos entre la teoría foucaultiana de poder y ciertos elementos de la teoría psicoanalítica del sujeto. Para comprender la complejidad de esta operación propuesta en *Mecanismos psíquicos del poder* (Butler, 2002a), nos parece necesario recorrer primero algunos relieves de la lectura canónica butleriana acerca del funcionamiento del poder disciplinario anatómopolítico en la producción de cuerpos, ya que en esa operación teórica encontramos una de las claves para pensar la producción de la interioridad de los sujetos.

La dimensión normativa de la «performatividad de género»⁸ encuentra en *Vigilar y castigar* (2004) las herramientas para explicar su funcionamiento. Allí, Foucault visualiza el cambio decimonónico del sistema punitivo: el paso del castigo corporal a la inscripción de heridas en algo que no es el cuerpo mismo. El cambio de objeto del aparato punitivo moderno pone en movimiento un nuevo estilo del ejercicio del poder abocado, esta vez, a la producción de almas. De

este modo, Foucault nos muestra los mecanismos mediante los cuales en los contornos del cuerpo, en su superficie y en su propio interior, el poder produce almas (Cfr. 2004: 36).

Para Foucault, el espacio social se halla organizado por un conjunto de disciplinas consistentes en técnicas de sujeción cuyo funcionamiento incesante produce modos específicos de subjetividad. Las disciplinas tienen como objeto el cuerpo, pero su modus operandi no consiste en reprimir ni inhibir sus pulsiones, sino permitir «(...) el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les impone una relación de docilidad-utilidad» (2004: 161). Así, la interioridad del sujeto, su alma —en el vocabulario foucaultiano—, es el efecto del proceso de disciplinamiento ejercido en los cuerpos.

Por su parte, Butler sostiene en *El género en disputa* uno de sus núcleos argumentales con esta noción foucaultiana de un cuerpo que, regido por las normas de la disciplina, produce (o hace posible la producción) una interioridad. Tanto para Foucault como para Butler, la clave reside en el estilo: es la repetición disciplinada de ciertos gestos, movimientos y otras convenciones lo que producirá nuestra interioridad, es decir, nuestra alma, es decir, nuestra identidad sexogenérica. Así, la fuerza normalizadora se ejercerá sobre el cuerpo pero en una relación necesaria con la verdad interna del sexo. Ello hará posible que los cuerpos dóciles y normalizados que han incorporado las normas culturales se exhiban como la consecuencia natural del despliegue de una verdad sexual interna dictada por la naturaleza. De este modo, el aparato normativo que inscribe nuestro interior sobre nuestros cuerpos es ocultado con el mismo movimiento que postula el desarrollo unidireccional de una verdad descubierta: «(...) se producen cuerpos que significan esa ley en el cuerpo y a través de él; allí la ley se manifiesta como la esencia de su yo, el significado de su alma, su conciencia, la ley de su deseo (Butler, 2001: 166)».

Resulta claro que esta obra de Butler encuentra varios puntos de apoyo en el modelo disciplinario de *Vigilar y castigar*. Nos interesa, principalmente, poner de relieve la noción de lo corporal que aparece tempranamente en una conceptualización que escapa al constructivismo. Las leyes productivas no son entidades trascenden-

tales sino que habitan el espesor de la contingencia, en consecuencia el disciplinamiento no es entendido como un proceso vertical que inscribe los códigos de la norma en la carne pasiva, sino que es el cuerpo mismo, penetrado por las normas, quien protagoniza la producción de la interioridad.

Por otro lado, la lectura de *Vigilar y castigar* es sometida a una crítica que retoma planteos desarrollados por el propio Foucault. En este sentido, Butler cuestiona, como veremos y como ha dicho De Lauretis, el totalitarismo infalible del modelo disciplinario que obturaría toda posibilidad de resistencia ante el proceso normalizador. Sin embargo, *El género en disputa* no confunde la ausencia de resistencia del modelo disciplinario con una concepción del cuerpo como superficie pasiva de inscripción. La noción de «alma» resulta clave para comprender la articulación que realiza Foucault entre materialidad corporal y normas culturales, ya que «alma» es un nombre del poder que produce y actualiza al cuerpo. De acuerdo con esta lectura, en el modelo disciplinario, cuerpo y alma no pueden ser separados, debido a que se hallan en una relación constitutiva de interpenetrabilidad.

Para complejizar este aparato teórico, *Mecanismos psíquicos del poder* analiza diferentes figuras de las ciencias humanas que pretendieron explicar la especificidad de la dimensión subjetiva y se detiene un momento, con el mismo gesto que De Lauretis, ante la noción de interpelación propuesta por Althusser. Pero a diferencia de la feminista italoamericana, Butler bloquea el determinismo de Althusser adjudicándole imprevisibilidad a los efectos producidos por la ley. En una crítica al mecanismo jurídico-represivo de la ley althusseriana, sugiere que el sujeto producido por ella supera y excede los efectos previstos inscribiéndose en una serie de efectos incalculables. Ahora bien, esta serie performativa, contingente, incalculable, etc. que propone Butler no alienta una multiplicidad semiótica indeterminada cuyos sentidos serían potencialmente develados, sino que volviendo a Freud se asienta en la imposibilidad de transparencia por la exclusión que opera siempre en la constitución (psíquica) del sujeto.

Está claro que existen operaciones de género que no se «ven» en lo que se interpreta como género, y que sería un error reducir las operaciones psíquicas de éste a su interpretación literal. El psicoanálisis insiste en que la opacidad del inconsciente pone límites a la exteriorización de la psique. También sostiene –en mi opinión acertadamente– que lo que se exterioriza o interpreta sólo puede entenderse en relación con lo que está excluido de la interpretación, con lo que no se puede o no se quiere interpretar (Butler, 2001: 159).

En acuerdo con Freud, estamos hablando de un sujeto escindido cuya conciencia difiere de sí mismo que se encuentra clausurado en una totalidad corpórea incompleta y opaca. Esta opacidad constitutiva del sujeto corporizado se articula en los términos de Butler con la contingencia del significante. Así, el yo freudiano aparece como la superficie corpórea que no es sino el efecto de la violencia performativa generizante (Cfr. Butler, 2002b; 2006). Volviendo a la cita, la interpelación de las normas de género produce una exclusión que impide la transparencia de la propia representación de los actos repetidos y ritualizados. Esta fisura de sentido propia de la operación hermenéutica le otorga un estatuto fantasmático pero necesario a la totalidad del sí mismo.

Con este giro freudiano, Butler recupera las restricciones específicas de la dimensión psíquica que configuran al sujeto a partir de una no-correspondencia consigo mismo. Así, en el orden normativo regido por la matriz heterosexual, la identificación supondría unas pérdidas y unas negaciones que son consustanciales a la regulación del género. El sujeto performativo no elige su deseo sino que, por el contrario, de él depende su existencia psíquica en el entramado social. Tanto este espacio psíquico que Butler redescubre como la función constitutiva del lenguaje impiden que los efectos subjetivantes de la ley sean entendidos o bien como una consecuencia mecánica de la determinación histórica o bien como un agente del cambio social transparente y soberano.

En contra de las opciones voluntaristas/constructivistas, no hay, para Butler, sujeto afuera de la sexualidad: «(...) lo que se ha entendido como performatividad del género –lejos de ser el ejercicio de un voluntarismo irrestricto– es imposible de concebir indepen-

dientemente de una noción de tales restricciones políticas registradas psíquicamente» (2002b: 144).

Este mapeo de relaciones pone de relieve, a fin de cuentas, que tanto la restricción como la contingencia operan como las condiciones de la performatividad. En ello pervive algo del gesto fundante de la interpelación de Althusser revisitada por Butler. La coincidencia radica en el rechazo a pensar la posibilidad de constitución del sujeto sin ley y la diferencia en la obstinada ineptitud de la ley butleriana para controlar la cadena de significaciones que permite e inaugura. Se trata de una legalidad arbitraria, sin fundamentos últimos, que extrae su autoridad exclusivamente de su propia repetición incesante. Con la repetición y el desplazamiento contingente, la interpelación instituyente e infalible puede ser reconceptualizada como necesariamente incompleta y en concomitancia la identidad de sus efectos como las huellas de su incompletud.

4. Conclusión

El término sexualidad, tal como hoy podemos reconocerlo, ha emergido en las lenguas occidentales más poderosas recién en la segunda mitad del siglo XIX (Foucault, 2013: 159; Fausto-Sterling, 2006: 30; Preciado, 2008: 61). Este hecho no marca el nacimiento de la sexualidad pero sí da cuenta de la cristalización de un determinado campo de saber⁹, la transformación de condiciones socioculturales y la implementación masiva de dispositivos institucionales de control (Cfr. Desjardins, 1992: 102-104; Foucault, 2013: 159-160). En las definiciones de sexualidad que pueden recogerse en los diccionarios de la época se repiten dos sintagmas, por un lado, la posesión de «impulsos sexuales» y, por otro, la capacidad de desarrollar «sentimientos sexuales». La superación con respecto a la reducción a la anatomía que dan cuenta estas expresiones se inscribe entre las condiciones de posibilidad de su teorización por parte de la psiquiatría y la psicología. Precisamente, en la segunda mitad del siglo XIX tiene lugar un cambio de reglas en la producción de discursos verdaderos acerca de la sexualidad cuya piedra basal es la separación analítica de dos aspectos: la configuración anatómica y los rasgos psíquicos (Cfr. Da-

vidson, 2001: 72). Esta separación será central en la precursora obra de Havellock Ellis y en la descripción de trastornos sexuales psiquiátricos de los DSM¹⁰ publicados en el siglo XX.

En este texto, hemos recorrido un marco de propuestas teóricas sobre la sexualidad con la intención de demorar la mirada en el entramado de esa dimensión psíquica. La separación arcaica entre la sociedad y la psiquis reviste distintas modulaciones pero sigue operando como una condición de legibilidad en los textos que abordamos. Ya desde el punto de partida, en *La voluntad de saber*, la sexualidad aparece definida dos veces: una vez como una función correlativa de la verdad y otra vez como una función correlativa del poder. Si bien la segunda articulación será la más pregnante en este período de Foucault y en las lecturas que se producen en el campo feminista, la primera articulación que aparece incompleta en este libro y como un anticipo del giro ético de los 80 permanece como una línea inescindible aunque discontinua en estas formulaciones. En cierto modo, las apuestas de Butler y De Lauretis nos permitieron poner en tensión las relaciones entre el poder y la verdad, recorriendo de manera heterogénea ese espacio indeterminado de transferencia entre los mecanismos de producción de las profundidades insondables del individuo y las estructuras sociales del poder.

Notas

¹ Además de la negativa al uso de la noción de represión por su filiación, como veremos, a una concepción jurídico-soberana de poder (Foucault, 2003: 42), Foucault critica fuertemente la operación teórica del freudo-marxismo que exporta una noción propia del dominio subjetivo «psicológico o psicoanalítico» a la indagación de la «mecánica de un proceso histórico» (2000: 222). Según este segundo punto, en la lectura foucaultiana, el psicoanálisis entiende que la represión interviene para perdurar históricamente en la vida del sujeto imponiéndose como una ley perenne sobre la energía sexual originaria que solo logró expresarse en las experiencias polimorfas de la infancia.

² De acuerdo con Foucault, la oposición entre deseo, sexualidad e instinto, por un lado, y cultura, por el otro, es estructurante en la propuesta freudiana (1981: 184-185). Esta idea de represión consubstancial a la cultura y constitutiva del sujeto mediante la emergencia del super-yo, es llevada a un extremo por el freudo-marxista W. Reich quien postula que toda represión de la sexualidad coarta la libertad y felicidad subjetiva.

³ Puntualmente, para Foucault la represión no inhibe realidades preexistentes sino que,

contrariamente, ocupa un lugar estratégico en el funcionamiento productivo del poder: «Todos esos elementos negativos –defensas, rechazos, censuras, denegaciones– que la hipótesis represiva reagrupa en un gran mecanismo central destinado a decir no, no son sino piezas que tienen un rol local y táctico que jugar en una puesta en discurso, en una técnica de poder, en una voluntad de saber que están lejos de reducirse a aquellos» (2007: 20).

⁴ La amplia recepción de Foucault coincide en valorar el aporte del modelo estratégico de poder para pensar el carácter múltiple, complejo y heterogéneo de un funcionamiento inaprehensible bajo el modelo monárquico. Sin embargo, también es recurrente la percepción de una atribución de pasividad a la subjetividad que resulta de ese funcionamiento estratégico. El énfasis de Foucault en la sujeción de los individuos, en un marco analítico donde la resistencia microfísica no conduce a la autonomía de los sujetos sino que es concebida como una parte integrante de las mismas relaciones de poder, produce en muchas lecturas un efecto disuasivo sobre las posibilidades de la actividad del sujeto. Una alternativa a esta lectura se podría desarrollar a partir de la noción de gobierno desarrollada en el curso de 1978. Desde allí, las nociones de resistencia y libertad ejercerán un rol teórico significativo que se volverá fundamental en los siguientes volúmenes de *Historia de la sexualidad*. Por esta razón, algunas lecturas consideran que la fase «feminist friendly» de Foucault puede encontrarse en sus últimas producciones centradas en las prácticas del yo y en la libertad (Cfr. McNay, 1992; Deveaux, 1996). La exclusión de este trabajo de las referencias a esta etapa de Foucault se debe por un lado al interés por el abordaje de la formulación explícita y programática de la teoría de la sexualidad y, por otro, al interés por la contienda constitutiva de esa formulación y su extensión en determinada zona del feminismo de las últimas décadas.

⁵ «Impulso» en la traducción al español (Cfr. Foucault, 2007: 126).

⁶ Resulta interesante, por lo que desarrollaremos más adelante, la presencia de Althusser en este argumento que termina asociando al dispositivo de la sexualidad foucaultiano una noción de performatividad inconsciente (Cfr. De Lauretis, 2008: 45).

⁷ Fundamentalmente en *El género en disputa* publicado en 1990 (Butler, 2001) y en *Cuerpos que importan*, publicado en 1993 (Butler, 2002b).

⁸ Esta categoría se ubica en el centro del nuevo vocabulario propuesto en *El género en disputa* que provocará la atención de los feminismos y contribuirá a redescubrir sus indagaciones y alcances.

⁹ En el campo de las humanidades, el término permanece ausente en las producciones anteriores a la obra de Nietzsche y Freud, a excepción de Comte (Cfr. Kremer-Marietti, 1985: 273).

¹⁰ La sigla refiere a *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, se trata de un texto oficial publicado por la American Psychiatric Association (APA) desde 1952 que establece un vocabulario y un criterio estándar para el diagnóstico y la intervención en el espectro de los desórdenes mentales.

Bibliografía

- Butler, Judith (2001). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- Butler, Judith (2002a). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.
- Butler, Judith (2002b). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Coward, Rosalind (1983). *Patriarchal precedents: sexuality and social relations*. London Boston: Routledge & Kegan Paul.
- Davidson, Arnold I. (2001). *The Emergence of Sexuality*. Cambridge: Harvard University Press.
- Dean, Carolyn J. (1994). «The productive hypothesis: Foucault, gender and the history of sexuality». *History and Theory*, 33 (3), pp. 271-296.
- De Lauretis, Teresa (1994). *The practice of love: lesbian sexuality and perverse desire*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press.
- De Lauretis, Teresa (2000). «La tecnología del género». En T. de Lauretis, *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo* (pp. 33-69). Madrid: Horas y horas.
- De Lauretis, Teresa (2008). *Freud's drive: psychoanalysis, literature and film*. Hampshire: Palgrave Macmillan.
- Desjardins, Gaston (1992). «Histoire de la sexualité: voir ailleurs si j'y suis». *Histoire sociale-Social History*, Vol. XXV, N° 49, pp. 101-123.
- Deveaux, Monique (1996). «Feminism and Empowerment: A Critical Reading of Foucault». En S. Hekman (Ed.), *Feminist Interpretation of Michel Foucault* (pp. 211-238). Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Fausto-Sterling, Anne (2006). *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina.

- Foucault, Michel (1977). «Las relaciones de poder penetran en los cuerpos». En M. Foucault (1992), *Microfísica del poder*. Buenos Aires: Ediciones de La Piqueta.
- Foucault, Michel (1981). «Les mailles du pouvoir». En M. Foucault, *Dits et Ecrits 1954-1988*, Tomo IV (pp. 182-201). París: Gallimard.
- Foucault, Michel (1986). *Historia de la locura en la época clásica*. México: FCE.
- Foucault, Michel (2000). *Los anormales*. Buenos Aires: FCE.
- Foucault, Michel (2003). *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Akal.
- Foucault, Michel (2004). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2005). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2007). *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2008). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.
- Foucault, Michel (2013). «Uso de los placeres y técnicas de sí». En M. Foucault, *La inquietud por la verdad: Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kremer-Marietti, Angéle (1985). *Michel Foucault*. París: L.G.F.
- LeVay, S. (1991). «A difference in hypothalamic structure between heterosexual and homosexual men». *Science* 30 Aug, Vol. 253, Issue 5023, pp. 1034-1037. DOI: 10.1126/science.1887219; 253: 1034-7.
- McNay, Lois (1992). *Foucault and Feminism: Power, Gender and the Self*. Cambridge: Blackwell Publishers.
- Preciado, Beatriz (2008). *Testo yonqui*. Madrid: Espasa.
- Weeks, Jeffrey (1993). *El malestar de la sexualidad*. Madrid: Talasa.